



Crónica Literaria

Por ALONE

Crónicas del Barrio Yungay, por Monseñer Aranceda Bravo, de la Academia Chilena.

"Durante los 17 años de su rectorado se iba, desde su domicilio (Calle Santa Domingo) a su oficina (de la Universidad), cabalgando, pero, por cierto, no en traje de montar, sino vestida con elegante levita negra y cubierta la portentosa cabeza con sombrero o "tarte" de pelo, del mismo color. Tenía coche, sin embargo, prefería el caballo".

He aquí un haz de pequeños detalles precisos donde están, apretadas, las características de la ciudad, de la época, del modo de vivir y hasta de pensar, con las costumbres de entonces, la sencillez austera de sus altos dignatarios y también, ¡ay! los medios primitivos de locomoción, el pavimento de las calles, mal empedradas o sin empedrar todavía. Es una especie de ventana abierta por la "pequeña historia" hacia la historia grande, que permite verla, prolongada, entera, viviente.

Si se agregó que el caballero, en toda la acepción de la palabra, se llamaba don Ignacio Domeika y era un sabio de renombre europeo, tan arraigado en Chile que hasta ahora hay descendientes suyos viviendo en la misma ciudad, reacciones al barrio alto, tendremos una visión muy precisa de lo que hace el interés de este libro, modestamente y a la antigua, titulado "Crónicas del Barrio Yungay", por Monseñer Aranceda.

No vamos a reseñar sus méritos. Algún se nos adelantó en la tarea. Únicamente queremos puntualizarlos para decir la serie de amables sorpresas que reserva al curioso lector santiaguino.

Son numerosas las personas y contrapuestas las personalidades que sus páginas hacen desfilar, entre anécdotas porchantes, llenas de sabor y hay siluetas impagables caídas al pasar.

La de don Eusebio Lillo, por ejemplo, otra de las litigandistas del barrio y cuyas singulares aventuras darían materia para una vida novelada. La primera fue la Canción Nacional que inmortalizó oficialmente su nombre cuando su autor contaba poco más de veinte años. El éxito estuvo lejos de engrandecerlo, como le hubiera ocurrido a otros. Protestando contra la inclusión de él entre sus discípulos que hacen los Recuerdos de don Victoriano Lastarria, declara D. Eusebio que nunca le gustaron las sociedades literarias y que ni a él ni a sus amigos los gustaba. "Marchábamos — agrega — imitando a Espronceda y Zorrilla como podíamos". ¿Habrá alguien, hoy, capaz de hablar de sí mismo en ese tono, aún en el último puesto de la última fila? Sus palabras respiran una abrupta franqueza. Estando en París, fué a visitar un miércoles su amigo y compadre, el general Baquedano, ya vencedor de la guerra del Pacífico. Fue recibido con grandes efusiones e invitado a comer. Pero cuando su huésped apareció al otro miércoles, a la misma hora, la cosa cambió. No comen en la casa sino en algún hotel. ¿Por qué? ¿Por qué?

Replica: "Porque no quise que se establezca esta costumbre de los miércoles. Venga Ud., compadre, a almorzar o comer conmigo cuando quiera, que siempre será bien recibido; pero no lo haga en un día determinado de la semana, porque eso coarta mi libertad".

En virtud de la misma razón rehusaría tenazmente casarse, aunque cargado de hijos y muy avenida con la madre de ellos, una señora Laco de Aragon y Herrera y Rojas, a quien amaba. Don Eusebio no creía en el Sacramento del matrimonio ni en ningún otro. Fue liberal sin límites, lo fue hasta la muerte. No soportaba los placeres obligatorios.

Párrafo tolerante. Monseñer Aranceda, que sigue siendo vecino de Yungay, posee una mirada comprensiva sobre sus antiguos feligreses, sin hacer distinciones entre ellos, aunque todos sean, en algún aspecto, distinguidos.

Crónicas del barrio Yungay [artículo] Alone

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónicas del barrio Yungay [artículo] Alone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile